

tificación el aspecto más importante y más positivo de este meritorio trabajo, que no puede separarse del volumen dedicado a Iluro, y que supera en precisión algún sonado ensayo precedente aplicado a otras regiones peninsulares.—ALBERTO BALIL.

DOMINGUEZ RODRIGUEZ, Ana, *Arte en el Lapidario*, Edilán, Madrid, 1982, páginas 201-294, del segundo volumen de la edición facsimil de *El primer Lapidario de Alfonso X el Sabio*. Folio mayor.

La editorial Edilán viene desarrollando la tarea de publicar, a todo color y en su tamaño, memorables manuscritos miniados de nuestro arte, por lo que merece las mayores alabanzas. El texto por un lado, y la miniatura por otro, gozan de estudios incorporados a la edición. Ana Domínguez, especialista de nuestra miniatura medieval, ha acometido el de las de este preciado manuscrito escurialense.

Como su nombre indica, el códice está consagrado al conocimiento de las «piedras», vastísimo repertorio que a su valor material hay que añadir significado «hermético». Nos hallamos en presencia de una obra del más alto valor científico. El rey Sabio manda traducir del árabe este tratado, cuyo contenido es astrológico, bien entendido que en la época esta disciplina llevaba incorporada la astronomía. Venía a ser la puesta al día de la ciencia clásica resurgida en el marco del pensamiento cristiano y que ofrece en la Italia del bajo Medievo ejemplos conspicuos.

El hombre vive con la mirada puesta en el cielo. Allí, en las estrellas, se hallan las virtudes, los prototipos de todas las acciones. Cada piedra corresponde a una estrella, bajo cuya influencia se encuentra. En esencia es una teoría neoplatónica.

El valor de este códice escurialense radica en dos hechos: la divulgación en lengua castellana del texto y la creación de unas imágenes que hacen del todo comprensible el mismo. La figura, mejor que nunca, es el exponente de la idea.

En la introducción se ofrecen dos miniaturas, a manera de retratos. En una Ana Domínguez ve la presencia del supuesto autor del texto, que sería Aristóteles, en actitud de enseñar a otros sabios que escuchan. En la otra miniatura se observa al propio Rey, que recibe el libro de los dos traductores. De esta manera queda patente el empeño científico del monarca, pese a que la representación se efectúa con gran modestia.

Como es usual en otros textos miniados, hay dos grupos de ilustraciones: las que se refieren al propio texto y las meramente ornamentales. El artista ha gozado de un margen de libertad, como contrapeso al trabajo sometido a unas exigencias. De ahí esas «marginalia», decoraciones que prolongan más allá de la caja escrita sus valores decorativos. Que no es despreciable esta miniatura, lo dice el que se encuentran detalles de una fértil imaginación y de un estilo exquisito, como para pensar —como la autora indica— en caprichos surrealistas de Dalí.

La descripción de las constelaciones se acompaña de las miniaturas, en que se aprecia un muestrario riquísimo de formas naturalistas y de esquemas geométricos, de la disposición del mundo estelar. Si el cielo es realmente la mansión de Dios, las estrellas resultan más comprensibles si cada agrupación se acopla a una figuración naturalista.

La imagen animada que los hombres de la época poseían del cielo, contrasta con la fría, puramente científica, que tenemos hoy. Las constelaciones septentrionales, las meridionales y los signos del Zodíaco están representados mediante bellas figuras. Las «ruedas» suponen una conjunción de lo estético y lo docético, pues la belleza formal se pone al servicio fundamental de mostrar la doctrina. Los doce signos del Zodíaco llevan ruedas al final de cada capítulo.

Gracias a las figuras poseemos una cómoda lectura del cielo. La memoria se siente

ayudada. Pero el fin fundamental es enderezar los ojos hacia la bóveda, donde están las virtudes que pueden atraerse hacia la tierra, que no es sino un lugar de proyección del mundo estelar. El pensamiento de la época junta realidad y creencia. Todo es propiciable. El enigma y la distancia quedan superados mediante el diseño en color. Eso explica el naturalismo de las representaciones, ya que la identidad entre figura y logro debe ser perfecta. Ana Domínguez advierte precisamente que el naturalismo es un empeño de aproximación. De ahí que algunas figuras sean idénticas a las que se muestran en códices alfonsíes, de cosas terrestres. Tal es el caso de la nao que se exhibe en una constelación, y que es la misma que hay en las miniaturas de las Cantigas.

La trama narrativa es la búsqueda de las piedras. En el texto se señalan sus características de forma, color, lugar de donde proceden, propiedades físicas y espirituales, pues en definitiva cada piedra depende de una estrella. Se efigia el hallazgo y la extracción de la piedra, describiéndose el paraje, los utensilios requeridos en la operación, etcétera. Por eso estas miniaturas son tan útiles para el conocimiento de los ambientes de la época. Todo aparece transferido al período en que la obra se produce, de modo que los vestidos de los personajes, los escenarios, están en relación con los de otros códices, singularmente de las Cantigas.

No podía faltar una referencia al estilo. Debe partirse del alto nivel de la miniatura, como realizada en el taller cortesano. Numerosas manos han intervenido; hay evidentes diferencias de calidad. Es patente que el contenido esencial (las constelaciones y los hallazgos de piedras) recibieron una primera atención; los «marginalia» se hicieron después. Cree la autora que también hay que tener en cuenta los cuadernillos, de forma que estas agrupaciones determinaron períodos en la ejecución, vislumbrándose sectores de miniaturistas, dentro del gran equipo de palacio.

Y no hay duda de que, cumpliéndose el objetivo de lo representativo, el efecto estético tiene una participación notable. Da idea de ello la composición a doble página, en orden a que el códice se contemplara abierto, de manera que cada página ofreciera dos columnas y con las ilustraciones incorporadas formaran una disposición de conjunto. Y de igual suerte los fondos de las escenas responden a modalidades más estéticas que simbólicas.

El estudio se extiende comparativamente a otras obras de la época, tanto españolas como extranjeras. Eso permite valorar esta miniatura, que hoy podemos disfrutar por sus figuras y textos reproducidos con la máxima fidelidad, y la compañía de este profundo estudio, que justifica su contenido.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

*Mélanges à la mémoire du Père Anselme Dimier*, Tomo III, «*Architecture Cistercienne*», vols. 5 (Ordre, Fouilles) y 6 (Abbayes), Arbois, 1982, 414 + 390 págs., in-4.º, 27 × 21 cms., 632 ilustraciones.

El 4 de mayo de 1975 fallecía en la abadía cisterciense de Scourmont (Francia) el Padre Anselme Dimier, sin duda uno de los más prestigiosos especialistas en el estudio y difusión de los numerosos problemas concernientes a la Historia de la Orden del Císter, a la que perteneció durante casi cincuenta años. Su producción científica, de gran amplitud y diversidad, si bien lo mejor de la misma está dedicado a temas de carácter histórico-artístico y arqueológico, es hoy, y lo será durante muchos años todavía, punto de partida inexcusable para todo aquel que se interese, siquiera sea mínimamente, por el siempre atractivo y sugerente mundo de la Orden cisterciense.

Las obras que se comentan aquí forman parte de un ambicioso y laudable proyecto acometido por la abadía de Scourmont, llevado a cabo bajo la dirección del Profesor